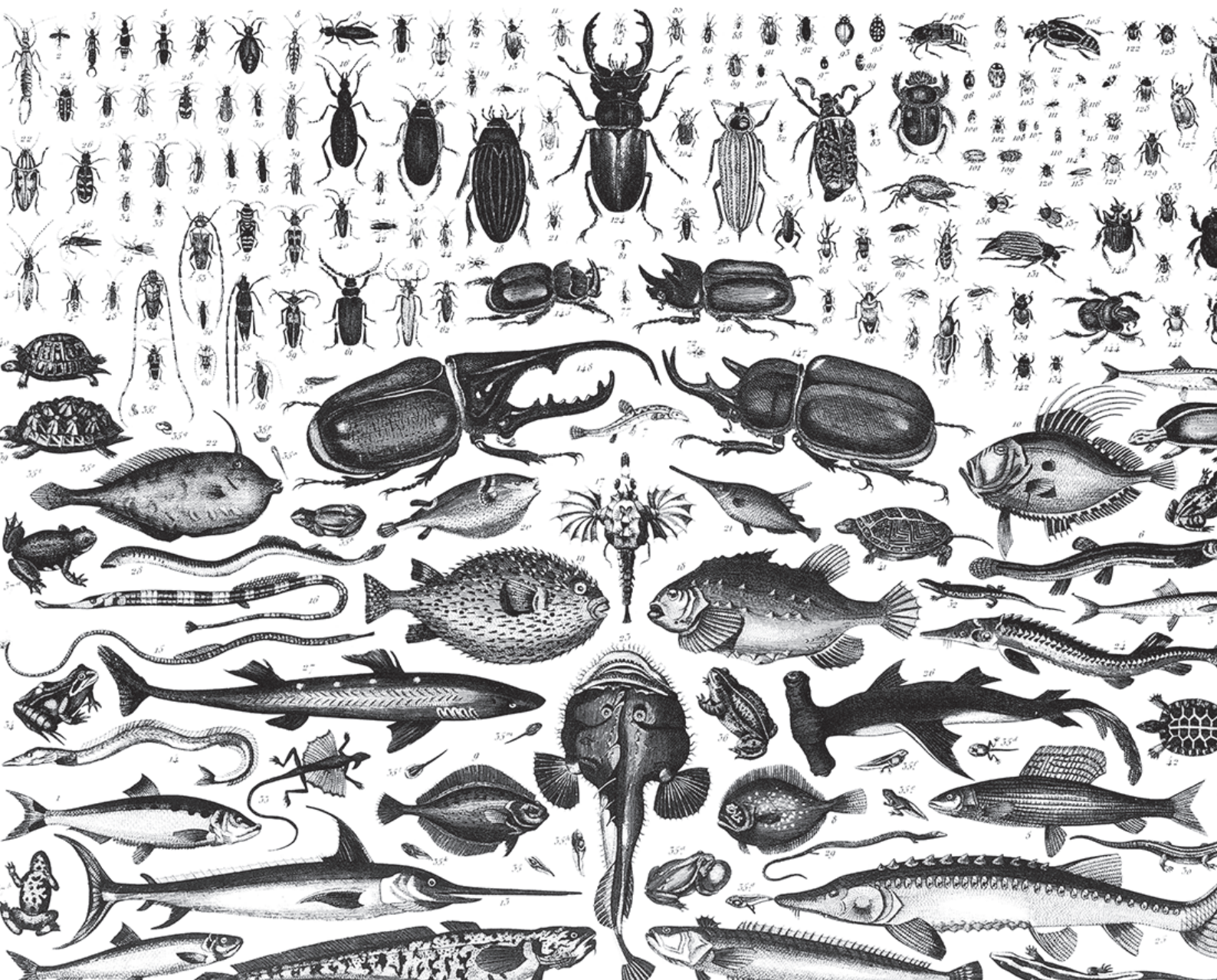
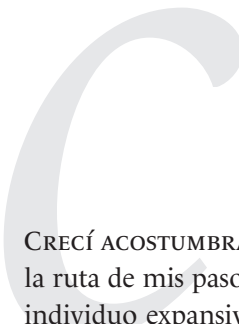


# La venerable y secreta Orden Coustiller

Ramón Castillo

Imágenes: iStock





CRECÍ ACOSTUMBRADO A NO PERTENECER. De muchas formas, el nomadismo signó la ruta de mis pasos y me obligó a abandonar algunas prácticas, entre ellas, ser un individuo expansivo y sociable. A temprana edad ya coleccionaba direcciones varias, como quien acumula amigos y divertimentos. Durante mi niñez, fui parte de un selecto grupo de juego que sólo me incluía a mí. Ni siquiera tuve un compañero imaginario con quién patear la pelota: así de cerrado era mi propio círculo. La familia, al menos como la conocí, tampoco resultó ser un espacio en el cual me pudiera refugiar. En términos visuales, éramos un diagrama de Venn cuyos conjuntos, individualidades feroces, nunca hallaron un lugar de encuentro.

Los éxodos me hicieron reconocer en el paisaje que se desplaza mi verdadera identidad. Por eso, tal vez, nunca he tenido tiempo de sentir el orgullo propio de quienes viven y mueren con la alegría de sentirse fundidos con un trozo de tierra. Tampoco se desarrolló en mí un apego a la rutina laboral, de ahí que abandone a la menor provación cualquier trabajo de manera impune e irresponsable. Bajo mi perspectiva, los lazos no han tenido la suficiente tirantez para comprimir y sostener mi persona, los veo más bien como los resortes flojos de los calcetines de la existencia.

El desarraigo y este perenne dejo de inmadurez me han empujado a casi no establecer vínculos con ningún grupo, a sentir que pese a mis esfuerzos se presenta entre mí y el resto de las personas algo —una brecha o un muro, al fin y al cabo, una frontera— que me remite a una distancia insalvable. Acostumbrado a esta situación, con el tiempo lo que en un principio era una dificultad, pronto dejó de serlo y ahora reconozco en su presencia un rasgo de mi carácter. Mi indiferencia ante lo gregario me ha llevado a sentir en ocasiones un regodeo íntimo, gozoso, cuando dejo de ver a ciertas personas. En reuniones de cualquier tipo, leáse escuela, oficina, noviazgos o iglesia, la escapatoria ha devenido arte en mis manos, la huida es tan sólo la versión *express* de ese gusto por abandonarlo todo y no ser parte de nada.

Comencé a escribir justo por eso, por la necesidad de hacer algo que me mantuviera en un estado de incensante malabarismo, buscando alejarme pero al mismo tiempo también estar lo suficientemente próximo como para tratar de entender al mundo. La literatura llegó a ser la vía para observar sin ser observado, estar sin estar por completo, convivir sin compromisos ni planes forzosos. Tal excentricidad, sin embargo, no nace de un afán frívolo. No busco distinguirme sirviéndome de la independencia y la originalidad extremas, mi impulso nace más bien de que en el fondo soy medroso y vivo con la certeza de no gravitar en el mismo universo que los demás. He sido un satélite errabundo que conforme pasa el tiempo más se aleja de cualquier órbita.

Obligado a quedarme en la metafórica banca de la vida tras no haber sido escogido por el capitán de ningún equipo de fútbol, tuve que aprender a mirarlo todo bajo la perspectiva no del delantero estrella, sino del locutor que trata de comentar un partido caótico dentro de un torneo inverosímil. Ocurrió, pues, que la escritura se volviera mi refugio, al confirmar que dicha práctica es un ejercicio solitario,

abandonado de todo, alejado de los sonidos de la calle y preferiblemente concentrado en la quietud de un silencio atroz, insoportable pero necesario cuanto más abona al asombro de quien lo practica y al descubrimiento de ese grado de extraña cercanía con los demás.

Era éste el decurso de las cosas hasta hace poco, cuando el orden cotidiano cambió a raíz de que llegara una invitación inusual. La carta presumía un membrete extraño, mientras que en el anverso, ataviado con letras de una tipografía insólita —en desuso, tal vez— se leía mi nombre. Confieso que aquello me pareció afectado, pomposo y rancio. Que el llamado se realizara por correo en tiempos de *Facebook* y *Tinder* era una franca ridiculez. Al leer la misiva, supe que “ellos” lo hacían de esa forma porque era lo más discreto, ya que nadie usa el servicio postal, salvo esas dos expresiones de la infamia que son los bancos y los partidos políticos.

Ante los ojos inexpertos, parecería un riesgo mandar instrucciones precisas para ser miembro de una cofradía secreta en el interior de un modesto sobre; pero “ellos”, atentos a la recomendación que Edgar Allan Poe dicta en “La carta robada”, sabían que el método más efectivo para que algo pase inadvertido es colocarlo justo ante los ojos de quienes pretendemos engañar. De esta manera, tres meses después de haber sido enviado, recibí el sobre que acusaba las vicisitudes del viaje: manchas de agua, suciedad, dobleces y maltratos. Adentro, se enumeraban con inflexible lógica los pasos a seguir, si es que aceptaba la propuesta, para ser uno de “ellos”. Venía un *link*, una clave de acceso y los requisitos para darme de alta en la página. Seguí con nerviosa atención cada punto, pues la curiosidad era más fuerte que mi deseo de mantenerme al margen. Desde aquel día, con regularidad inquebrantable, me he dedicado a escribir con una efervescencia nunca antes conocida. El trabajo es en apariencia sencillo, no hay pago, salvo el recatado orgullo de, finalmente, pertenecer a una hermandad en la que no soy visto con desconfianza y mi humor es bien recibido.

No hay una línea precisa a la hora de cumplir con esta labor, aunque la exigencia es alta. Es decir, no se

puede regatear ningún esfuerzo a la hora de ejercer la encomienda. Pero, ¿en qué consiste este secreto hacer?, ¿quiénes son “ellos” o, mejor dicho, “nosotros”?

En una frase, somos quienes escriben lo que nadie quiere escribir. Construimos, ladrillo a ladrillo, una obra desconocida y anónima. Colaboramos para crear una polifonía siempre inacabada, hecha de fragmentos de origen disperso, un conjunto heteróclito de voces y panoramas. La invitación consistía en recolectar retazos de literatura abandonada en paredes, anuncios, apuntes perdidos, cualquier cosa que pudiera alojar una palabra, un pensamiento, un deseo procaz. Igualmente, se me incitaba a escribir citas falsas, fragmentos de novelas inexistentes, ensayos sobre cosas sin importancia y difundir aquello por los medios que me fueran dados, la idea es tejer una red de guiños literarios desde lugares inaccesibles y con una hilación fortuita; en síntesis, doblar la realidad de manera juguetona y penderciera.

No tenemos un nombre oficial, pero he decidido llamar a nuestro gremio la Orden Coustiller. La historia comienza así. Hace varios años, vi un documental sobre las corrientes marinas en las costas francesas. En una ciudad en específico se retrataban paisajes de una belleza hipnótica, pinturas expresionistas trazadas con el pincel de los flujos acuáticos. Entre los habitantes de la zona, los realizadores encontraron a un hombre que caminaba con paciencia aquel horizonte a la caza de las maravillas que arroja el mar. Recolectaba troncos, botellas vacías, trozos de barcos hundidos, objetos diversos que la fuerza del agua había pulido con esmero y que, a la luz de tal intervención, eran devueltos por el océano como prodigios imprevisibles. Aquel pescador de rarezas decía que el verbo que definía su hábito era “coustiller”.

Cuando busqué la palabra en el diccionario me percaté de que no existía. Tal vez yo había escuchado mal, a lo mejor era otro el término, quizá soñé el documental y yo mismo había inventado el vocablo, así como la historia de aquel hombre. Esta visión inexacta o recuerdo implantado o fantasía lúdica explicaba, de manera sesgada, justo el tipo de cosas a las que dedicaba

mis empeños. Fue así como decidí cuál sería el nombre de nuestro club.

Somos un conjunto de devotos del verbo *coustiller*, una palabra —acaso inventada, no lo sé de cierto— para designar a quienes, como nosotros, recolectamos minucias y botones literarios; un término para convocar a personajes que gustan de inventar logias secretas y ejercer el arcano talento de perder el tiempo en fruslerías. Damos pie al equívoco y al falseamiento. Nosotros somos quienes ahí, entre las frases perfectas de Oscar Wilde en un sitio dedicado a recolectar citas célebres, hemos deslizado como suyos uno o dos razonamientos que pertenecieron a un poeta de los baños públicos cuya inspiración se equipara en suficiencia al ingenio del escritor irlandés. Nosotros, igualmente, cargamos con la responsabilidad de esparcir bibliografías imaginarias por Internet a fin de que más de alguno remita en su tesis doctoral a un libro jamás escrito por Borges o abran la conversación refiriéndose a una nota periodística inexistente.

Mezclamos, con pasmosa ligereza, la erudición y la desfachatez, aquí un poco de Vila-Matas y otro tanto de nosotros mismos, y todo lo atribuimos a un escritor francés fallecido en el anonimato. Atrapamos al vuelo expresiones en autobuses, pintas en los muros de la ciudad, comentarios en foros electrónicos y lo revolvemos con un par de referencias cultas a fin de preparar un coctel escritural digno de ser introducido en cualquier ensayo. La consigna es escribir todo de nuevo, decir de otro modo lo mismo. Honramos el *cut up* que Burroughs tomó de Gysin y que éste, a su vez, tomó de los surrealistas y éstos igualmente imitaron de alguien más, quizá alguno de los miembros fundadores de lo que hoy llamo Orden Coustiller.

Cada día, durante los últimos meses, he recibido con puntualidad en mi correo electrónico un fragmento que debo completar, una frase trunca, una idea a la que debo seguir alimentando, tratar de que se desarrolle fuerte y clara o que devenga otra cosa distinta, todo depende del estado de ánimo en el que me encuentre. Antes, tengo entendido, se solían mandar libretas de

irrerpochable virginidad para que, a vuelta de correo, las contribuciones personales alimentaran la biblioteca de lo ínfimo y desorbitado. A mí me corresponde ser parte de otra etapa, una en la que mis hallazgos se comparten al instante en nuestra red social, que es una versión pervertida de un blog cualquiera, mientras continuo haciendo valer la consigna de Hermes Trimegisto y Sergio Pitol: todo está en todo.

Las imágenes, sonidos, frases y, ocasionalmente, una que otra invención propia que atesoro y sampleo son materia para el grupo al que he sido invitado y, en igual medida, para llevar a cabo una práctica que atenta contra la sensatez y, aunque ahora parezca algo contradictorio en mí, la soledad. La escritura sigue siendo un ejercicio de celosa introspección, pero no una celda solipsista, antes bien se presenta como una manera de encontrar afinidades mediante la complacencia de pensar fuera del recipiente.

Lo curioso de todo esto es que no conozco al bienhechor que me invitó a participar de este divertimento. Es más, albergo ciertas dudas respecto al número de asociados. Aventuro que el alcance de nuestra red es global, más no podría asegurar del todo que ciertas miradas con las cuales he topado en restaurantes, bibliotecas y librerías, aeropuertos o cantinas estén siendo malinterpretadas por mí. Lo cierto es que desde que escribo bajo el mandato de la Orden, encuentro la sosegada tranquilidad de haber sido aceptado por alguien, por un grupo de personas, por un montón de seres imaginarios, por algunos libros, quién sabe, es algo dudoso, pero aceptado al fin.

Soy parte de un grupo que no busca la grandeza, si algo caracteriza a todo este esfuerzo es que somos un club de nimiedades, aficionados a celebrar las cosas en las que nadie repara, somos los coleccionistas de las menudencias del mundo. Lo curioso del viaje en el que nos hemos embarcado es que, a final de cuentas, lo único cierto es la invitación perpetua a unirse a la venerable y secreta Orden Coustiller, de lo demás no tengo seguridad alguna. ■■■